

domingo 3 de abril de 2005

www.abc.es - EDICIÓN IMPRESA - Colaboraciones

CUIDADO CON LA TDT

Por M. MARTÍN FERRAND/

LA resignación, que no es necesariamente una virtud, puede llegar a acostumbrarnos al uso partidario y ramplón que, sin grandes diferencias entre unos y otros, aplican los Gobiernos de turno a las televisiones mal llamadas públicas. Pase el mal, que no es menor en lo que afecta a la libertad y la cultura, en el territorio de los contenidos; pero es que, además, vivimos tiempos de cambio tecnológico y ahí sí que es peligrosa, y hasta irreversible, la doctrina dominante entre los políticos y tecnólogos próximos a La Moncloa. El estreno francés de la televisión digital terrestre (TDT) ha excitado el celo de los responsables españoles del invento y, sin considerar que los vecinos del norte terminaron pagándole al Estado una cuota anual próxima a los 120 euros, quieren acelerar aquí el procedimiento.

Carmen Caffarel, ya seducida por el instrumento según el síndrome clásico de los recién llegados a RTVE, quiere que su Casa, en ignorancia de la ruina que la sacude y en expectativa de trascendentales reformas, se convierta en la gran locomotora española de la TDT. Quizás ella sepa por qué y para qué; pero en la misma cuerda ideológica opera su colega Joan Majó, director general de la Corporación Catalana de Radio y TV, que, con la autoridad que le confiere ser ingeniero, predice que esa no es la televisión del futuro y que «dentro de veinte años no existirán transmisiones por ondas».

Aclaremos conceptos: un telediario sesgado y militante de Alfredo Urdaci se cambia, de un día para otro, por otro igualmente militante y sesgado de Lorenzo Milá. No pasa nada porque, además, existe la oferta de otras fuentes y, sobre todo, de diarios impresos en los que contrastar el desvarío propagandístico del poder. Por contra, un diseño equivocado de las infraestructuras de la comunicación audiovisual en España, una opción mal elegida entre las muchas posibles, puede tener efectos muy negativos, durante mucho tiempo, para todas las industrias del sector y para los ciudadanos que, allá ellos, le dedican cuatro horas diarias de su existencia a la contemplación reverencial de cuanto se asoma a las pantallas todavía analógicas.

Hace más de una década, cuando la llegada de la televisión digital y la alta definición parecía inminente e incluso llegaron a venderse algunos receptores del nuevo formato, algunos -pocos- prevenimos sobre los más lógicos ritmos previsibles en la evolución de un fenómeno que en los EE.UU., su primera patria, aún sigue emitiendo en la primitiva y defectuosa norma NTSC para no alterar los ritmos del ahorro y la inversión nacionales. Conviene aprender de la experiencia y, en ese sentido, Majó está más cerca de la sensatez que la intrépida Caffarel, la directora que juega con RTVE como los niños con los juguetes mecánicos: abriéndoles por dentro para ver cómo son sus tripas. Quizás lo llegue a averiguar, pero rompiendo el mecanismo. ¿Es eso lo que se pretende? Puede ser lo inteligente.